NOCHE DE DIFUNTOS

BRUJAS, DEMONIOS Y ESPECTROS

colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

PABLO FRAILE DORADO

Noche de Difuntos

Brujas, demonios y espectros

GRABADOS DE AINOA RIESCO

HOJA DE LATA

Sensibles a las Letras, 121

© Pablo Fraile Dorado, 2026
© de los grabados: Ainoa Riesco
© de la ilustración de la portada: Ainoa Riesco
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2026

Hoja de Lata Editorial S. L.
Camino del Lucero, 15, bajo izquierda, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores Culturales Glayíu/Iván Cuervo Berango
Corrección: Olaya González Dopazo

ISBN: 979-13-87554-50-7
Depósito legal: AS 02045-2026
Impreso en Kadmos, Salamanca [España]

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

Arte ético y responsable. Las imágenes que componen esta obra han sido creadas sin utilizar herramientas de Inteligencia Artificial Generativa.

ÍNDICE

En la noche sin cancelas, introducción del autor 9

Sobre las ilustraciones 13

La mano del diablo (Cuenca) 21

La novia eterna (Murcia) 55

Semos Genti de Muerti (Las Hurdes) 83

Luces sobre el agua del mar (Cudillero) 113

A Igrexa da Preta (San Esteban de Negros) 139

La caza salvaje (Ripollès) 165

Akerbeltz (Zugarramurdi) 193

Notas 229

EN LA NOCHE SIN CANCELAS

Introducción del autor

Imagino que es de noche, imagino que hace frío, imagino a un grupo de hombres y mujeres sobre una colina, a las afueras de un castro, bajo el cielo cuajado de estrellas. Algunos llevan calaveras encendidas en las manos, otros acarrean cestos con comida y odres con cerveza, dos de ellos sujetan por los cuernos a un carnero, que será sacrificado en holocausto, y el más sabio de todos, el de la túnica blanca, prende la hoguera con su antorcha y la fiesta se desata. En la noche sin cancelas, los muertos atraviesan el umbral para caminar nuevamente entre los vivos, o eso es lo que sienten quienes se reúnen en el prado, tocando instrumentos de viento, ensayando viejas danzas, entonando himnos y canciones en su lengua ya olvidada. Hoy, muy lejos del tiempo de los celtas, y basándonos en un calendario que no tendría sentido para ellos, solemos marcar una fecha concreta, la del 31 de octubre, para referirnos a la noche de Samhain, en la que el Sid, su más allá, conectaba sin barreras con el mundo de los vivos. En la era de los celtas, cíclica y ajena a la idea de progreso, el festival de Samhain señalaba el final de la cosecha y el inicio del

invierno, dos cuestiones extraviadas en el contexto actual, en el que la fiesta toma otro nombre y otras formas, en su mayoría asimiladas por el capitalismo.

Con la romanización y la posterior llegada del cristianismo, los celtas fueron perdiendo gradualmente su identidad colectiva, pero algunas de sus costumbres todavía persistían siglos después de su ocaso como pueblo. En la Europa medieval, los festivales de difuntos se seguían celebrando cuando el papa Gregorio III (731-741) trasladó la fiesta de Todos los Santos a su fecha actual, el día 1 de noviembre. El traslado de esta fiesta, consagrada a los santos, canonizados o no, suponía un intento de usurpar el Samhain y alejarlo de la noche, que desde antiguo pertenecía en exclusiva a los difuntos. La fórmula basada en sustituir los símbolos paganos por cristianos, repetida una y mil veces en las regiones evangelizadas por la Iglesia, no tuvo el éxito esperado por el papa. La posterior inclusión en el calendario litúrgico del Día de los Fieles Difuntos, que pasaría a celebrarse cada 2 de noviembre, tampoco distanció a los cristianos de la noche, o al menos no a todos, a pesar de que la jornada venía a honrar, esta vez sí, la memoria de todos los muertos, independientemente de que sus vidas hubiesen sido ejemplares. Así surgieron dos noches de difuntos, la que iba del 31 de octubre al 1 de noviembre y la que transitaba del 1 al 2 de este último mes. Por eso en los mitos y leyendas de los que bebe este libro, repartidos por distintos puntos de la España peninsular, la Noche de Difuntos fluctúa entre ambas fechas, generando una morbosa relación entre paganismo, oralidad y liturgia.

A diferencia de los cuentos tradicionales, los mitos y leyendas están muy vinculados al espacio y al tiempo en que

surgieron, y no pueden entenderse separados de sus límites geográficos. En este libro viajaremos desde Murcia capital hasta el pueblo de Zugarramurdi, pasando por la ciudad de Cuenca, la comarca de las Hurdes y la villa pesquera de Cudillero, antes de visitar el concello de Redondela, en la provincia de Pontevedra, y la comarca del Ripollès, en el Pirineo de Girona. Los siete relatos del libro se basan, a su vez, en siete leyendas de difuntos, una por cada zona, excepto en el caso de Zugarramurdi, donde la realidad se impone a la ficción y el relato se sumerge en la caza de brujas que asoló el pueblo a principios del siglo XVII. Cada relato, por el que desfilan animales legendarios, seres mitológicos, demonios, hechiceras o ánimas del purgatorio, va precedido de un preámbulo sobre sus particularidades, su atmósfera y las diferentes formas de celebrar Todos los Santos y su víspera en los distintos territorios escogidos, porque no es igual el Samaín gallego que el Tosantos murciano, ni se festejan de la misma manera la Gau Beltza en Navarra o la Carvochá de las Hurdes. No se trata de censurar la creciente incidencia de Halloween en España, ya que no hay otra fiesta pagana de este calado, pero sí es interesante conocer las singularidades de la Noche de Difuntos a lo largo del país, e incluso reivindicarlas frente al ansia uniformadora del neoliberalismo. También hemos querido endulzar este libro incluyendo, después de cada relato, una receta vinculada con Todos los Santos y con los diferentes territorios, pues intuimos que las mujeres que transmitieron esas leyendas y mitos, de generación en generación, son las mismas que se ponían frente a la olla, el horno o la sartén. Recetas que harían bailar hasta a un difunto, entre las que hay propuestas más conocidas, como los huesos de santo y la queimada

gallega, y otras no tan mencionadas, como los matajambres de las Hurdes y los tostones murcianos.

Más allá de todo esto, *Noche de Difuntos* no tiene pretensiones académicas; solo es, ni más ni menos, una hermosa (y terrorífica) antología de cuentos. He tomado distintas leyendas como pretexto para elaborar nuevas historias, apoyado en la riqueza de nuestra tradición oral, sin la que directamente no habría libro, pero no soy investigador ni probablemente podría serlo. Aun así, en periodos vacacionales a lo largo de un año, desde la Semana Santa de 2025 a la de 2026, he viajado con mi familia a todas las localizaciones donde se ambientan los relatos, para hacerme una idea espacial del marco en que debían moverse los personajes y también para completar la fase de documentación, que ha consumido muchas horas de trabajo. Estos viajes han sido la mejor parte del proceso, que ha supuesto un reto difícil de encarar, aunque el desenlace haya sido bueno, gracias en gran medida a los apuntes y sugerencias de Laura Sandoval, editora de Hoja de Lata. Además, los grabados de Ainoa Riesco, que interpreta los relatos y les aporta una nueva perspectiva, aseguran horas de observación más allá de los textos. De parte de todo el equipo, esperamos que lo disfrutéis.

Pablo Fraile Dorado, 30 de junio de 2026

SOBRE LAS ILUSTRACIONES

Todo comienza con la atención. No todo lo que nos rodea reclama nuestra atención con la misma intensidad. El cerebro tiende a seleccionar aquello que estima esencial para la supervivencia. Durante cientos de miles de años, nos apremió a detectar el movimiento de un depredador entre la maleza, a leer el cambio de estación en los árboles, o a distinguir plantas letales ocultas en la vegetación. Pero, mientras hacíamos todo eso, no pudimos evitar fijarnos en las escalas de verdes que pintaban la hierba, en el baile de las hojas tamizadas por el sol, o en las figuras que las estrellas trazaban sobre el cielo nocturno. Y es que no solo basta con que algo sea útil para atraer nuestra mirada. También debe tener la capacidad de sorprendernos. Incluso cuando no *sirve* para nada.

La sorpresa brota cuando algo rompe nuestras expectativas. La serpiente que muda su piel y renace sin dejar de ser la misma. La araña que teje arquitecturas geométricas con absoluta naturalidad. La oruga que se encierra en un capullo del que emerge irreconocible. La luna que por una noche abandona el cielo para comenzar, al día siguiente, un nuevo ciclo. Ahí donde el mundo deja de ser evidente y se

vuelve enigmático aparecen los símbolos. En ellos se guardan todas esas preguntas sin respuesta que cada generación recibe de la anterior y entrega, intactas, a la siguiente. Porque el símbolo no fue creado para resolver el misterio; se creó porque el misterio permanece.

Frente a una existencia repleta de asombros indescifrables, la imaginación nos abrió la puerta a un universo alternativo de significados propios. La araña ya no solo confeccionaba una trampa de diseño para insectos, era también la implacable tejedora del destino. La calavera dejó de ser un remanente del cuerpo para convertirse en la memoria persistente de los que nos precedieron. Las mismas hierbas que aliviaban dolencias protegían la casa y ahuyentaban el mal. El gato que se movía con soltura en la oscuridad era, sin duda, compañero de las sombras que habitaban en ella. Nada había cambiado en la naturaleza. Y, sin embargo, desde que comenzamos a interrogarla, ya nunca volvería a ser la misma.

Todos esos símbolos que encerraban ideas abstractas y misterios irresolubles darían lugar a relatos que corrían de boca en boca alrededor del fuego. Con el paso del tiempo, nadie recordaba ya quién había contado la historia por primera vez. Algunos detalles se olvidarían y otros se añadirían. Cada época adaptó el relato a su particular forma de ver el mundo. Pero las preguntas que dieron origen a esos mitos primordiales perduraron íntegras. Porque un mito no conserva las palabras con las que fue narrado hace miles de años, pero sí el misterio que custodia sin llegar nunca a agotarlo. Tal vez por eso hoy nos seguimos reconociendo en ellos. No importa que cambiemos los personajes, las tramas o los paisajes. Las preguntas de las que nacieron continúan siendo nuestras.

No es casualidad que muchos de esos relatos se concentren alrededor de la noche. Pocos asombros hay más insondables y estremecidos que los que despierta la oscuridad. En ella se amplifican las condiciones en las que la mente predictiva y el pensamiento simbólico trabajan con más intensidad. Imagina por un instante que estás en medio de un bosque sin nada ni nadie. Al ponerse el sol, el mundo en torno a ti desaparece. Pero tienes suerte y aún te queda algo de batería en el móvil, por lo que rápido rápido enciendes la linterna. Más allá de ese pequeño círculo de luz, todo lo que antes veías con claridad ha sido tragado por un océano negro que transforma por completo tu relación con el entorno. Las distancias dejan de existir, los colores se desvanecen, los sonidos se amplifican, y la imaginación llena el vacío de los ojos. Así debimos sentirnos durante mucho tiempo. Pero la noche también guarda una promesa. Tarde o temprano, el sol brotará del horizonte y su luz volverá a desvelar cada contorno. Hay, sin embargo, un misterio que permanece intacto después del amanecer.

La muerte entraña un límite tanto del pensamiento como de la vida. Puede ser nombrada, observada, e incluso aceptada. Pero nadie puede cruzar su umbral y volver para contarlo. Las noches dedicadas a la memoria de quienes ya lo habían traspasado hicieron más habitable una existencia demasiado consciente de sí misma que recuerda, añora y apenas comprende. Quizá por eso estos ritos arraigaron en otoño, cuando la naturaleza emprende también su descenso hacia la oscuridad del invierno. En esa frontera entre la luz y las tinieblas, la imaginación abrió un portal donde, por una noche, el territorio de los vivos se fundía con el de los muertos. Se encendían velas, se preparaban alimentos

para los difuntos, los camposantos se cubrían de flores, y se aceptaba la idea de que el vacío de una ausencia pudiera ocuparse de nuevo.

De ese mismo universo nacen los siete grabados que he tallado para ilustrar los cuentos que Pablo Fraile Dorado ha reunido en este libro. He querido incluir en ellos parte del imaginario simbólico que, durante generaciones, trazó el mapa visual que nuestros antepasados utilizaron para orientarse por el mundo. Porque mucho antes de que las historias encontraran un lugar entre las tapas de un libro, ya vivían en los muros de los templos, en la madera tallada, sobre la piel de la cerámica o entre los hilos de un tapiz. Una sola imagen podía albergar siglos de asombros, temores y esperanzas para cuantos sabían leerlas.

Mis grabados beben de ese imaginario común para componer escenas pobladas de símbolos que invitan a detenerse un instante y demorar la atención. La mayoría gravitan en torno al protagonista de la composición como sutiles pistas que conducen, a quien las sigue, hacia el misterio que se esconde tras los relatos. Algunos personajes emergen de fuertes tormentas capaces de enseñar humildad al mayor de los arrogantes. Otros aparecen rodeados de tesoros cuyo valor no reside en el oro que contienen, sino en la grandeza moral de quien los merece. También hay relojes de arena que recuerdan el constante fluir del tiempo, calaveras que anuncian nuestro destino y seres híbridos que encarnan la cara más oscura de la naturaleza.

Pero las ilustraciones no solo reúnen símbolos ligados a los grandes enigmas de nuestra existencia. Los hay que también arraigan en el territorio donde una comunidad ha vivido durante generaciones. Porque el paisaje nunca ha sido,

ni mucho menos, un mero escenario. Las montañas, los bosques, las cuevas o los ríos impregnaron la imaginación humana hasta el punto de modelar la cultura de los pueblos que habitan en ellos. Así, de entre las criaturas mágicas que protagonizan los cuentos emergen vestigios del territorio que los inspiró: los petroglifos de laberintos de las Rías Baixas, el majestuoso anfiteatro de Cudillero, los mausoleos del cementerio de Orihuela, las riquísimas rosquillas de Redondela, los eguzkilores que guardan los hogares vascos y navarros, el campanario del Santuario de Nuestra Señora de las Angustias de Cuenca, el moderno puente de Rande o las profundidades abisales de la fosa de Avilés. Lo mágico nunca ha vivido separado de la realidad. Nace de las preguntas que nos hacemos sobre aquello que observamos. Y, a partir de ahí, un mundo nuevo comienza detrás de nuestros ojos.

Esta idea inspiró la ilustración de portada que abriga el cuerpo del libro. A primera vista, se distinguen figuras que rápidamente asociamos a la magia y al misterio: calaveras, hongos alucinógenos, plantas medicinales, frutos del bosque y animales nocturnos. Es fácil vincularlos a las brujas y a sus conjuros, a los seres mitológicos que habitan la espesura o a los fantasmas que nos rondan en la oscuridad. La mayoría crecimos escuchando historias que llenaron de fantasías nuestro entorno cotidiano. Pero, en realidad, ninguno de los elementos que colman la portada tiene nada de sobrenatural. Fue la imaginación, en su búsqueda de respuestas, la que los revistió de miedos, ilusiones y deseos. Por eso un entramado de plantas y animales envuelve la cubierta. Ese mundo tangible, desnudo de creencias, representa el lugar del que brotaron los relatos del interior: la naturaleza viva que un día aprendimos a mirar con asombro.

De la naturaleza y la imaginación surgió también el arte del grabado, la técnica que he elegido para crear el conjunto de ilustraciones. Aunque pueda resultar paradójico, este medio artístico guarda un vínculo muy estrecho con los universos nocturnos que recorren el libro. El grabado consiste en tallar una imagen con una gubia o un punzón sobre una superficie rígida, que puede ser de madera o de metal, a la que llamamos matriz. En este caso, utilicé linóleo, una variante moderna de las planchas de madera tradicionales. Al contrario que en el dibujo convencional, donde la imagen se construye añadiendo líneas y sombras a un fondo blanco, este tipo de grabado concibe la imagen en negativo. La matriz parte de una superficie total destinada al negro y son las gubias las que extraen, surco a surco, las zonas blancas de la composición, haciendo del proceso de grabado una bella metáfora donde la luz es arrancada a la oscuridad.

Pero el grabado aún guarda otra similitud más profunda con los cuentos de este libro: la voluntad de ser compartido. Una vez terminada la matriz, se entinta con un rodillo y se estampa sobre un papel tantas veces como se quiera. De una única plancha nacen innumerables imágenes idénticas. Y es que el valor del grabado reside, en buena medida, en ese carácter múltiple que va mucho más allá de la pura creación artística. La posibilidad de reproducir una imagen una y otra vez hizo de la estampa un vehículo de transmisión cultural que atravesó fronteras, generaciones y contextos. Así, mientras las historias recorrían los caminos de boca en boca, las estampas circulaban de mano en mano transportando el lenguaje universal de las imágenes.

Durante siglos, el grabado y la tradición oral fueron los grandes soportes de la memoria colectiva. Ambos lenguajes

consiguieron canalizar el saber popular a través del tiempo y preservarlo hasta nuestros días. Quizá por eso, estas páginas pertenecen también a todas las manos que un día estamparon una imagen o transcribieron un relato, y a todas las voces que mantuvieron vivos los mitos de sus antepasados. Gracias a ellos, nos encontramos hoy aquí compartiendo símbolos, tradiciones y leyendas en torno a la Noche de Difuntos. Porque toda memoria necesita de alguien que la cuente y la conserve. Sigamos, entonces, contando, pintando, cantando y bailando historias. Hagamos de nuestro cuerpo el puente por el que sigan viajando hacia el futuro. Ahora, el turno es nuestro.

Ainoa Riesco, junio de 2026

La mano del diablo

Cuenca,
siglo XVIII

Preámbulo

En el núcleo urbano de Cuenca, la ciudad vieja culebrea sobre un espolón de roca, entre las hoces del río Júcar y el río Huécar. Acceder al casco antiguo, desde la zona nueva, es asomarse sin apenas transición al Medievo y la Edad Moderna, a un pasado de conflictos y conquistas, musulmanes y cristianos, fortalezas y blasones, crónicas y leyendas. Yendo a través de sus calles, en continuo desnivel, se llega a sus escasas zonas llanas, rúas y plazas de tamaño desigual rodeadas de viviendas, museos, palacios o templos. A ambos lados del centro, casi por sorpresa, se abren los pasadizos de la Puerta de San Juan y la Casa de la Sirena. El primero deja ver una amplia garganta esculpida por el Júcar con su agua verde y mansa. El segundo da a un cañón con mil metros de anchura y cien de profundidad, horadado por el Huécar, donde destacan un convento convertido en parador y un tenue puente de hierro, con tablones inestables, que franquea la hondonada. Desde el puente pueden verse las últimas casas colgadas, rascacielos medievales incrustados en la piedra que integraron un conjunto bastante más numeroso. Volviendo atrás nace un camino que bordea la hondonada y termina ante las ruinas de un viejo castillo. No resulta nada extraño que en cualquier rincón de Cuenca, y

del resto de la provincia, proliferen las historias, ni que varias de ellas traten sobre ninfas, hechiceras, vírgenes o espectros.

La maestra y escritora María Luisa Vallejo, nacida en Villar de Cañas en 1901 y fallecida en la Cuenca nueva en el año 92, recogió y literaturizó decenas de estas historias, transmitidas oralmente durante generaciones, en su libro de relatos *Leyendas conquenses,* editado en tres tomos entre 1954 y 1982. En la dedicatoria del primer tomo, la autora defendía el origen popular de los relatos, que fue rescatando en crudo, poco a poco, por los contornos de Cuenca: «Casi todas [las leyendas] os serán desconocidas; fui recogiéndolas, amorosamente, por pueblos y aldeas, donde de milagro se han conservado de generación en generación, referidas por los abuelos que las oyeron a la vez de los suyos». Hay que tener en cuenta el contexto en que Vallejo seleccionó estas leyendas, y también que la autora no se limitó a transcribirlas, sino que las transformó para vincularlas con sus creencias y su filiación política. Los tomos I y II están ilustrados, en las primeras páginas, con sendos retratos rubricados por Francisco Franco, y el segundo cuenta, además, con un soneto de la autora dedicado al dictador y con la bendición apostólica del papa Pablo VI. Por eso, a lo largo de los distintos tomos, abundan las leyendas de musulmanes convertidos al cristianismo, de jóvenes cautivas, burladas o encantadas y de donjuanes castigados por poner en riesgo o corromper la virginidad de estas mujeres.

Lo anterior es importante para entender el enfoque de la autora, falangista militante, y sus decisiones a la hora de fijar el contenido de las historias, que en ciertos casos contaban, de inicio, con diferentes versiones. En el relato «La cruz de los Descalzos», basado en la misma leyenda que na-

rraré a continuación, Vallejo plasmó el final más piadoso y complaciente para el protagonista, y sobre todo para la cruz erigida frente al convento de los Descalzos, a pocos metros de la ermita de las Angustias y de otro acceso a la hoz del Júcar. La cruz de piedra, que hoy puede verse a través de una reja de hierro forjado, presenta una mano tallada bajo el travesaño, en un bloque de mayor antigüedad que el resto de la cruz, por lo que da la sensación de que la piedra está calcinada. Es difícil saber si Vallejo conocía el otro final, que hoy triunfa en internet y a pie de calle, y que asocia la marca en la cruz con la mano del diablo. Es posible que la autora considerara un sacrilegio vincular el gran símbolo del cristianismo con la figura del demonio, o que prefiriese otro desenlace por ahorrarse problemas con la censura. Es sintomático que Vallejo pasase de puntillas sobre las partes más jugosas del relato y dedicara varios párrafos a un epílogo tan alejado del clímax. Hay una anécdota que me llevó a inclinarme, definitivamente, por el final alternativo. Durante mi estancia en Cuenca, en la Semana Santa de 2025, llegué junto con mi familia a la plazuela entre la ermita de las Angustias, el convento de los Descalzos y una abrupta pared de caliza. Mientras me fijaba en la cruz, un chaval que pasaba por allí comentó: «Esa cruz da muy mal rollo, eso es la mano del diablo». Cuando me giré, el chaval ya había desaparecido bajo el arco en roca viva de la bajada de las Angustias.

En esta leyenda sobre la cruz, ambientada en el siglo XVIII, sobresalen dos personajes, don Diego y Diana, además de una fecha que conecta el relato con el resto de las historias de *Noche de Difuntos:* el 1 de noviembre, Día de Todos los Santos. El protagonista, don Diego, es un joven li-

bertino que sigue el camino opuesto al de su padre, el oidor (o juez) de la ciudad, un hombre rígido e intachable, pero incapaz de corregir a su hijo. Don Diego no es más que otra de las representaciones del mito o arquetipo de don Juan, que ya solo en España ha originado una corriente literaria que va desde las obras teatrales *¿Tan largo me lo fiáis…?* y *El burlador de Sevilla,* escritas a principios del XVII y tradicionalmente atribuidas a Tirso de Molina, hasta la novela y el guion de cine contemporáneos, pasando por títulos como *El estudiante de Salamanca,* el poema narrativo de Espronceda —protagonizado por Félix de Montemar—, y *Don Juan Tenorio,* de José Zorrilla, que se ha convertido en la obra canónica sobre el personaje. En muchas de estas versiones, la noche y los difuntos dominan el argumento y en especial el desenlace. Mientras que en *¿Tan largo me lo fiáis…?* don Juan se enfrenta a la estatua de don Gonzalo, abrasándose en el intento, en la obra de Zorrilla se salva gracias a la influencia de doña Inés, que intercede por él cuando este se arrepiente y confía en la «piedad infinita» de Dios. Decía Humildad Muñoz Resino, en un estudio sobre el mito, que Zorrilla «tuvo el acierto de salvar a su personaje por amor y quizá ahí está la clave del entusiasmo que siempre ha despertado», una idea previamente defendida por Ortega y Gasset, como también recuerda Muñoz Resino, pero rechazada por Unamuno, para quien este don Juan no se salva, sino que «se aniquila». Puede ser que la redención del personaje, un final feliz escueto y que invita a imaginar, resultase decisivo para encumbrar la versión de Zorrilla. También la alucinada escenografía del desenlace, la estampa en negativo de la última cena, repleta de espectros y de sombras y basada en tres símbolos difíciles de ol-

vidar: la ceniza en el plato, el fuego en la copa y la arena del reloj; la soberbia deshecha, el probable castigo y la última oportunidad de redención.

La sorpresa llegó cuando leía un libro sobre mitología asturiana, sin relación aparente con la leyenda de Cuenca, y menos todavía con el mito de don Juan. En *Los dioses de la muerte,* el folclorista Constantino Cabal incluyó dos historias breves, «El cuento de la calavera» y «El cuento de Leoncio», en donde los protagonistas se descubren como donjuanes primigenios, aunque sus excesos únicamente se insinúan, no se desarrollan con amplitud, como sucede en las obras teatrales posteriores. Solo se esboza el carácter altivo de los dos personajes, además de su desdén por la muerte y las consecuencias de sus acciones. En «El cuento de Leoncio», el protagonista se topa con una calavera y la manda a rodar de un puntapié, para terminar invitándola a cenar esa misma noche. Leoncio no prevé que la calavera, con el resto del esqueleto, se presentará a su mesa y le revelará que en realidad es el espectro de su tío, quien, harto de su actitud y su conducta, pretende y consigue llevárselo al otro mundo. Algo parecido ocurre en «El cuento de la calavera», pero el protagonista, que recibe en su casa al difunto, le devuelve la visita a la noche siguiente, salvándose de la muerte al no probar bocado de una mesa colmada de manjares. Cualquier lector o espectador de *¿Tan largo me lo fiáis…?* o *Don Juan Tenorio* reconocerá diversos ingredientes de estos cuentos en las obras de teatro, lo que deja entrever que el mito es bastante más antiguo que sus versiones dramatizadas. Con el tiempo, el personaje de don Juan ganó en profundidad, primero a través del relato detallado de sus acciones, con la importancia creciente de las muje-

res burladas, y sobre todo en contraste con el personaje de doña Inés, que a pesar de todo lo ayuda y acaba por liberarlo. Sabiendo esto, la leyenda de don Diego y Diana se llena de matices. En ella no hay cenas ni calaveras, pero sí mujeres engañadas y un castigo, en el Día de Todos los Santos, que convierte al burlador en burlado, disipando parte del aura mítica que hasta entonces había conservado.

LA MANO DEL DIABLO

I. El Hechizado

Don Diego ha dormido mal, ha pasado la noche retorciéndose en el lecho, enrollado entre las mantas con las que sobrelleva el frío de la ciudad. Hay dos cosas que aborrece: una es ese frío progresivo a medida que menguan los días, y la otra es el rechazo en cualquiera de sus formas, y ahora, además del rechazo, también le escuece la derrota. ¿Quién se cree que es esa moza, venida a Cuenca desde lejos con su acento indescifrable, los ojos que son piedras de azabache, la melena rizada y suelta, negrísima, semejante a la de una reina zíngara? Don Diego, que, aunque lo traten de don, no supera los veinte años, solo conoce el nombre de la muchacha. Se llama Diana, como la diosa de las bestias, lo demás viene envuelto entre vapores, vestidos de gasa y olor a pimienta y clavo. Su olor. La última vez que coincidieron, se acercó a ella lo suficiente para advertir el olor de su nuca. Desde entonces no la ha vuelto a ver, y ha transcurrido un mes entero. Parece que se ha ido tan rápido como llegó, a finales de junio, para desvanecerse entrado ya el otoño.

Cuando la vio por primera vez, Diana paseaba por la plaza Mayor deteniéndose frente a los comercios, sin abanico ni parasol, ajena a las miradas que se posaban en su talle,

estrecho y compacto, y continuaban ascendiendo hacia la mitad de sus senos, que lucían al descubierto por encima del escote. A su paso encandilaba, casi sin querer, a hombres de cualquier edad, pero también a mujeres solteras y casadas, incluso a las que no solían fijarse, ni siquiera secretamente, en personas del mismo sexo. Don Diego, siempre el primero, tan hábil con la espada como con la lengua, imbatible con los naipes y a lomos de un caballo, ya conocía el sabor del rechazo, aunque no el de la derrota. Al cruzarse con la muchacha, la saludó cortésmente, inclinándose de forma leve. Diana, ensimismada, no le devolvió el saludo, siguió avanzando hacia la catedral y se detuvo contra el pórtico, como si quisiera y no pudiese atravesar el umbral. Don Diego, consternado, se fue a casa.

Pero no iba a renunciar tan fácilmente, y cada día, bien afeitado, vestido con gracia, se hacía el encontradizo, apuraba la mañana por toparse con la joven y le decía lo primero que le venía a la cabeza, con la sonrisa tensa y blanca. Don Diego, que siempre terminaba por cumplir con sus caprichos, veía que, esta vez, la pieza pretendida apenas lo miraba. Su obsesión se hizo tan grande que los amigos o rivales hacían chanzas a su costa, pero nunca en su presencia, y llegó a sus oídos el rumor de que era menos hombre y que ya no funcionaba. En parte era así, también para él; daba igual que anduviese enardecido noche y día, había perdido el interés por otras mujeres y hacía tiempo que no podía vaciarse, ni aun pensando en Diana. Desesperado, fue a ver a su padre, el oidor de la ciudad, que lo había expulsado de la casa familiar, aunque, como un dios benevolente, que aprieta pero no ahoga, le permitía residir en una buhardilla de su propiedad, no muy lejos de su amparo.

—Dichosos sean los ojos —dijo el padre desde el sillón de la biblioteca.

—No dudo de que lo sean.

El oidor le dedicó una mueca impenetrable.

—¿A qué vienes, calavera?

—Vengo a pedirle consejo y a saldar una vieja deuda.

Esta vez su padre pareció sorprendido. Dejó un libro sobre la mesa.

—¿Qué deuda dices que tienes, hijo, si no es de duelos o naipes?

—Estoy en deuda con usted, padre, que es sinónimo de paciencia y que, más pronto que tarde, verá cumplida su cuita.

—Habla claro, haz el favor. Te escucho.

—Deseo…, me interesa una mujer, se trata de una muchacha que vaga por la ciudad y es ajena a cualquier otra de su clase. Creo que pronto le robaré unas palabras y que al poco tiempo podré prometerme, para recuperar así mi buen nombre y unir el suyo con el mío. Quiero casarme, padre.

El oidor, de la impresión, casi se cae del asiento.

—¿Tan duro te ha arreado? —preguntó, escudriñando las pupilas de su hijo.

—Sí, padre —dijo el otro, agachando la cabeza.

—Vienes tan dócil que asustas, ¿y cómo se llama el prodigio?

—Se llama Diana.

—Diana, mal empezamos. ¿Conozco ya a su familia?

Don Diego dudó, calculando con cuidado la siguiente contestación.

—Su familia será buena y de antiquísimo linaje, como es la nuestra, pues ella viste con estilo, se conduce con do-

naire y apenas responde a lisonjas, ya sean mías o de otros. Es diferente, una distinta.

—¿Y qué linaje es ese? ¿Solo conoces su nombre?

—Sé que se llama Diana.

—Eso ya lo habías dicho. ¿De dónde viene?

—No lo sé.

—¿No será mora?…

—No, pero tampoco hispana.

El oidor se revolvió en el sillón, se tapó la boca, infló las mejillas y rompió a reír sin poder contenerse.

Tardó en recuperar el aliento.

—¿Quieres reparar tu fama con una bárbara sin religión?

—No, no es eso… Tal vez sea cristiana.

—Su nombre es de origen latino.

—¿Y no está en el santoral?

El oidor se incorporó, le dio la espalda a su hijo y se acercó a una de las estanterías más bajas de la biblioteca, que recorría las paredes desde el suelo hasta el techo. Dedicó unos segundos a revisar una hilera de libros antiguos y hermosamente encuadernados. Palpó con suavidad el lomo de uno de ellos, como si fuera el de una yegua, para escoger *Las transformaciones,* de Publio Ovidio Nasón.

—Toma, aquí hallarás a tu diosa, la que caza entre doncellas y convierte al hombre en ciervo.

—No os entiendo.

—No creo que seas lento, hijo, siempre has sido diestro para ciertos asuntos, pero nos habríamos ahorrado infinitos disgustos si hubieses dedicado a los libros una porción de tu talento.

Don Diego levantó la frente, sus ojos ardían de impaciencia.

—Estos libros están muertos y yo vivo, ¿es que acaso no lo ve?

—¡Ahí estás!, ¡te echaba en falta! Serás buen Acteón para esa Diana.

El joven no entendió la referencia, pero por el tono de la frase, decidió sentirse ofendido.

—¡Basta! —gritó, con la cara encendida—. Diana será mía, con o sin su ayuda.

Y se marchó a grandes zancadas, con el libro del poeta apretado bajo el brazo.

—A esta, procura no dejarla preñada —murmuró el padre—. Aquí al final todo se sabe.